

La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS

EL PROTECTOR DE LOS ANIMALES

En casa

—¡Faustina! ¡Faustina!

—¿Qué manda usted?

—El almuerzo.

Pausa.

—¡Faustina!

—Voy.

—Si no traes pronto el almuerzo, hago una barbaridad. ¡Qué servicio! ¡Qué criadas! ¡Qué humanidad esta tan defectuosa!... Á ver si te apuras.

—Aquí está la sopa.

—¿Sopa? Esto no es sopa; esto es pomada de heliotropo. ¡Quítate de mi vista!

—Pero...

—Si no te quitas, soy capaz de tirar-te el platillo de las aceitunas á la cabeza. ¡Y pensar que pago cuarenta reales todos los meses á este animal!...

D. Hipólito se pone á comer de mala gana. De cuando en cuando hiere con la bota el pavimento y gruñe.

—¡Los criados! ¡No puedo ver á los criados! Un día me levanto de mal humor y ahogo á esta chica. ¡Vaya si la ahogo! Ayer rompió una huevera, anteayer me perdió un boton del chaleco. Á este paso acabará por destrozar todo lo que tengo en mi casa... —Faustina, llévate la sopa... Pon vino, trae la chuleta, abre más esa ventana, límpiame las botas, ráscame este hueso de la espalda, mira á ver si he dejado sobre la mesa de noche mi encomienda de Isabel la Católica, que la saqué para limpiarla.

Faustina anda de un lado para otro, sin saber como realizar todos los encargos de su señorito.

—Pero, ¿traes esa chuleta, ó quieres que que vaya yo á la cocina?... Mañana te despido; hoy no, porque quiero que repases la ropa de la lavandera y que laves una carta al barrio de Pozas, y que friegues los boliches de la cama, y que me tiñas el pelo por la parte de atrás... Esto no es comida, ni tu tienes vergüenza, ni hay en toda Europa una criatura más torpe que tú... Me voy por

no comprometerme, ¡Qué criados! ¡Que humanidad esta! ¡Qué país!

En la cocina

D. Hipólito fumando al lado de la chimenea.

Un caballero, pobremente vestido, entra en el despacho y pregunta:

—¿El señor de Rodriguez?

D. Hipólito.—Servidor.

—Vengo á rogar á usted que se sirva despachar el expediente...

—¿Qué expediente?

—El de la viuda de Pulgón. La pobre tiene siete hijos que todos caben debajo de una cesta. Su esposo, que era conductor de correos, murió á consecuencia de un choque

—¿Y qué?

—Nada, que se murió.

—¿Tengo yo la culpa?

—No digo eso.

—Pues no faltaba más sino que usted lo dijera. El expediente se despachará cuando le llegue el turno. Estoy agobiado.

—No se conoce.

—No permito que discuta usted mis actos como funcionario público. ¿Ve usted esta vena de la frente? pues cuando se me hincha es señal de que estoy muy nervioso. Retírese usted ó no respondo de mí.

—Es que...

—Portero, acompañe usted á ese hombre hasta la puerta.

D. Hipólito queda diciendo para sí:

—¡Caramba con el hombre! ¿Quién es el para dudar de mi actividad ni de mi celo en pro de la administracion pública? ¡Pues no faltaba más! Si no se va pronto, le pego.

Y enciende otro cigarrito.

En la sesion

D. Hipólito de pié agitando los brazos:

—«Ábominemos de esa gente sin entrañas que maltrata al buey, que martiriza al gato, que pisotea al perro desvalido. ¡Ah, señores! Todos somos animales, aunque nos esté mal el decirlo, ¿por qué no hemos de amarnos y protegerlos? La abeja se afana por darnos la miel; el carnero cuida su propia lana para proporcionarnos blando lecho;

hasta la burra, generosa y humanitaria, nos presta su benéfico jugo lácteo en nuestras enfermedades del aparato respiratorio. Amemos al buey, amemos al asno, amemos al mísero congrio que se deja freír sin exhalar una queja.

Los socios á coro.—¡Bravo! ¡Bravo!

D. Hipólito.—La chinche pica creyendo que nos proporciona una satisfacción, el mosquito canta para alegrar nuestra existencia, el toro embiste sin saber lo que hace.

Los socios.—¡Sublime! ¡Colosal!

D. Hipólito.—No aplaudáis estas palabras que brotan del corazón; me basta con interpretar vuestro pensamiento. Nuestra sociedad realiza un fin meritorio y sublime. Redimamos á las bestias, y habremos cumplido con un deber fraternal...

Los aplausos ahogan la voz de D. Hipólito, que es abrazado con efusión al final de su discurso.

—¡Qué hombre! —dicen unos.

—¡Qué alma tan grande! —añaden otros.

—¡Qué filántropo! —agregan algunos.

D. Hipólito, con los ojos llenos de lágrimas, se enjuga el sudor con los puños de la camisa y respira satisfecho.

En la calle.

—Caballero, una limosna por Dios, que no he comido desde el martes; soy un pobre albañil sin trabajo.

D. Hipólito.—Deje Vd. el paso libre y no se eche encima, que por poco me pisa Vd. en un juanete; Jesús, que falta de consideración tienen algunas personas...»

LUIS TABOADA.

Verdaderamente que la pintura no puede ser más exacta; he aquí el retrato fiel del moderno filántropo masónico-liberal, que derrama lágrimas de pena cuando le pisa el rabo al gato, y no las derrama cuando con sus predicaciones acarrea la desgracia de mil infelices que seducidos por sus malas doctrinas, se lanzan á arreglar el mundo á balazos, para morir al pié de una barricada echando los sesos por las narices.

¡Buena está la filantropía liberal!

LOS ENEMIGOS DE LA CONFESION

Hace unos dias decia un periódico de Granada:

“Le han sido entregados á D. Francisco Ruiz Polo, canónigo de esta santa iglesia metropolitana, y bajo secreto de confesion 3.000 reales para varios partícipes de Jaen y Andujar; otros 3.000 para una señora viuda de esta capital; 1.000 reales á doña Leonarda Velilla; otros 1.000 á doña Raimunda Velilla de Esquivel, y además otras pequeñas cantidades para restituir á varios vecinos de Pinos Puente.

También, y por diferente conducto, le ha sido entregada á D. José Fernandez Reyes, coadjutor de Santafé, una sortija para devolverla á una señora de esta capital.”

A los libre-pensadores con estos huesos, exclamaba yo al leerlo; pues mientras la confesion sirva para convertir ladrones, no será fácil que sus enemigos le hagan mella; y más si les sucede lo que á cierto señor que yo conocia.

Este era un libre-pensador de tomo y lomo que se despepitaba hablando contra la confesion. Mas he aquí que una vez se presentó el cura de su parroquia en la puerta de su despacho.

—¿Se puede?

—Adelante, ¿qué querrá este cuervo?

El cura entró, saludó, y comenzó con los preámbulos de ordenanza: el mal tiempo; la estacion; los constipados.

Después habló de la Iglesia, del trabajo parroquial y de las confesiones.

D. Cosme, que así se llamaba el laico, creyó que venia á catequizarle y preparó las uñas.

El cura siguió hablando y acabó por hacer una apologia de la confesion.

D. Cosme no pudo aguantar más y desató el costal de las necesidades.

—Dispense usted D. Luis, dijo, pero no creo en las excelencias de ese Sacramento; precisamente no hace muchos dias, en un pueblo donde la gente se confiesa amenudo, perdí yo una cartera con cuatro mil reales en billetes, y esta es la bendita hora que no la he recobrado.

—¿Y cómo era la cartera?

—De piel de Rusia y con cerradura de plata.

—¿Es como esta? dijo el cura sacán dola del bolsillo.

D. Cosme se quedó con la boca abierta. Más para salir del apuro discurrió este argumento.

—Señor cura y cómo se explica que

un hombre que se confiesa robe cartenas?

—Considerando, que las roba antes de confesarse y las devuelve por haberse confesado.

D. Cosme no volvió ya á abrir la boca.

El buen señor hacia veinte años que no se habia confesado porque tenia en la gaveta veinte mil duros agenos y no encontraba camino para soltarlos.

No hay duda que la confesion tiene muchos enemigos, pero ¿no es una honra que tales enemigos lleven en el bolsillo ó en la carne la razon de su enemistad?

Otra anecdotilla.

Cierto comerciante amigo mio, tenia un dependientito muy monia y muy modestito que se confesaba á menudo y se portaba admirablemente. Un dia empezaron á observar que el muchacho cambiaba de cariz y lo que es peor, que empezaban á faltar cuartos en el cajon.

Sospecharon del chico y dieron á otro dependiente el encargo de que lo celase.

No hubieron pasado cuatro dias cuando se descubrió el misterio. El muchacho vendió unas cuantas varas de lienzo, creyó que no lo observaban y se metió los dineros en el bolsillo.

—¡Pícaro! exclamó el otro dependiente ¿qué has hecho? ¡un hurto! ¿Y ahora qué le dirás al confesor?

—¡Cá! ¡no! contestó el muchacho con insólita frescura. Si ya no me confieso, si he hecho que mi primo Juanillo me apunte en la lista de los libre-pensadores (1).

Su primo Juanillo era un granuja de marca mayor que no tenia por donde el diablo le desechase.

Cuando me contaron el caso, no pude menos exclamar para mis adentros.

—Pues señor ¿no es una honra que hasta los muchachos conozcan que para ser en toda regla un *perdiguera* es preciso ante todo dejar de confesarse?

¿Y apuntarse enseguida en la lista de los libre-pensadores?

¡Bendita confesion! Tus mismos enemigos se encargan de hacer tu apologia.

A. C. y G.

(1) Histórico.

LOS CAMINOS DE LA LUZ

Diálogo escrito por el Sr. Obispo de Laval

y que deben leer todos los que dicen que no tienen fé porque no está en su mano el tenerla.

(Continuacion)

EL MAESTRO. —Vais á juzgar eso vos mismo. Recordais lo que os ha sucedido alguna vez en una de esas horas que no siempre pueden evitarse, en las cuales la Religion se os hizo patente. En medio de un pesar, despues de alguna decepcion; la frialdad de un amigo; la muerte reciente de una persona querida. Ó bien se daba una de esas horas en que el corazon se siente vacío, triste, sin saber por qué. Iluminábase el cielo sobre vuestra cabeza; Dios se os acercaba. Os deciais: ¿Porqué olvidé á Dios? ¿Si volviese á él?... Despues sacudiais la cabeza, y dijisteis: Mas adelante... veremos. En esa ocasion y en tantas otras os habeis sentido como sacudido por dos corrientes contrarias, de las cuales una os llevaba á Dios, á Jesucristo, á la Religion, y la otra os apartaba de ellos. Examinad hoy atentamente, con lealtad, esas dos corrientes. Vereis que no proceden del mismo origen y que no se mueven en la misma region del alma. La una corre sobre la superficie por esa region tumultuosa en donde se agitan los negocios temporales, la otra corre tranquilamente por esa region pacífica del alma en donde se agitan los problemas de la eternidad. Pues bien, de esas dos corrientes, la una superficial, profunda la otra, ¿cual conduce á la fé, y cuál empuja hácia la irreligion? Reunid vestros recuerdos y fallad.

¿En favor de quién están las impresiones apasionadas, volubles? ¿En favor de quién los pensamientos madurados en el silencio, en la soledad, en la oracion? ¿En favor de quién se pronuncia el ánimo frívolo, burlón, que sale de apuros con una palabra feliz, con un chiste? ¿En favor de quién la atencion seria que mira al fondo de las cosas, á la fuerza de las razones, á la grandeza de los resultados? El amor á los placeres, el amor al dinero, el amor al propio bienestar, el amor de la independencia y de la vida llevadera, en favor de quién está? ¿En favor de quién el espíritu de amor al bien, de resistencia al mal, de obediencia al deber? ¿En favor de quien está el afán del propio interés, del amor propio, de la propia gloria? ¿En favor de quién la docilidad con respecto á Dios, la modestia ante los hombres, el olvido de sí mismo, la prosecucion sencilla de lo bueno y de lo verdadero? ¿El amor del mal en fa-

por de quién está? ¿En favor de quién está la castidad?

EL DISCÍPULO.—¡Oh! maestro, no termineis. Perdonadme. La corriente que arrastra á mi alma lejos de Dios, es superficial, agitada, revuelta; la que á él me lleva es profunda, tranquila y pura. Quiero seguirla; pero ayudadme vos tambien. Quiero aplicar al conocimiento de la verdadera religion mi entendimiento, mi corazon, mi conciencia, mi alma entera; y de mi alma no quiero aplicar sino su parte noble. Pero dirigidme, pues no sé bien como he de hacer. ¿A qué llamais, por ejemplo, la noble parte de la inteligencia? Pues me supongo, que se debe comenzar por la inteligencia.

M.—Hay en la inteligencia, ya lo veis, una parte mezquina y otra elevada; y segun se aplique la una ó la otra á Dios, al estudio, á la Religion, se llega ó no á la fé. Ved, por ejemplo, dos hombres, ambos muy inteligentes, uno de los cuales, en relacion con Jesucristo, no encuentra en él, dice, ninguno de los caracteres de la verdad; mientras que el otro no se acerca á él sino para ver desvanecidas todas sus dudas; fijaos en la manera con que ambos han procedido. El uno se detiene ante las dificultades insignificantes de los detalles, ante las diferencias de texto, ante las confusiones de fecha, ante las imposibilidades metafísicas; el otro mira más alto; atiende á las razones profundas del alma, á las intuiciones del corazon, á los grandes resultados de la vida. ¿Se trata, por ejemplo, de saber si Jesucristo es Dios? El uno discute sobre un texto, una variante, sobre el sentido hebraico de la frase: Hijo de Dios; sobre una dificultad de genealogia; el otro, levantándose por encima de todos esos menudos pormenores, no queriendo hacer depender su fé de un error de copia, ó de una equivocacion cronológica, se coloca ante el pueblo judío y su asombrosa historia; ante la Biblia y su misterio profético; ante Jesucristo y su fisonomia incomparable; ante la Iglesia y su milagrosa perpetuidad; ante Dios, que no habria podido permitir que el mundo se convirtiese, cambiase, santificase, y ennobleciese por medio de un embuste, y exclama: Verdaderamente es el Hijo de Dios. ¿Se trata de la Encarnacion, de la Redencion? El uno, deteniéndose ante las dificultades de una metafísica vulgar, se queda atollado en el cómo; el otro sube más alto, hasta el porqué luminoso de estos grandes misterios, y se dice: ¿porqué admirarse de

que un Dios se haya bajado y humillado hasta sus hijos, que haya muerto por salvarles, puesto que una madre haria otro tanto? Es decir que el uno contempla á Jesucristo únicamente con la parte débil, con la parte superficial y dificultosa de su inteligencia; el otro, con su parte noble, intuitiva y profunda. Así, mientras que el uno, engolfado en las insignificantes cuestiones de la lógia mezquina, de la exégesis y de la ciencia del momento, se va tiste, no sacando de su estudio más que una oscuridad mayor; el otro que toma el asunto desde cierta altura, conoce al momento que las razones que hacen dudar, solamente logran impresionar levemente al hombre superficial, en tanto que las razones de credibilidad alcanzan y subyugan al hombre interior; y, satisfecho con el resultado de tal estudio, saca de él la luz de su vida y la serenidad de su muerte. ¿Quereis otro ejemplo?

D.—¡Oh! si, pues os declaro que tales consideraciones me encantan.

(Se continuará)

VARIEDADES

Dos muertes diferentes

Ha muerto en Roma el príncipe Jerónimo Bonaparte y segun dicen su muerte ha sido como su vida; vivió como impio y ha muerto impenitente. Hasta momentos antes de su muerte dió muestras del rencor que sentia contra la Iglesia.

—¿Que haceis ahí? preguntaba á unas hermanas de la caridad que le asistian rogando á Dios por él junto á su cabecera. Guardad vuestros rezos para despues que me haya muerto.

La muerte de este príncipe librepensador es digna de toda lástima. Su azarosa vida, durante la cual dice nuestro colega La Semana Católica, rindió ferviente culto al liberalismo, fué un continuo batallar que le enagenó las simpatias de todos. Este es aquel célebre príncipe francés que en tiempo de Napoleón tercero, mató en su misma casa, de un tiro en el pecho, al periódista Victor Noir.

El incrédulo príncipe hasta en su lecho de muerte ha escandalizado al mundo con sus rencores. Cuentan que ya en su agonia aun maldecia á su hijo con quien no quiso reconciliarse y á quien negó su perdón por no se qué cuestiones políticas.

Así mueren los incrédulos.

En cambio los hombres de fé mueren

como el célebre Windttorst caudillo político de los católicos alemanes, cuya vida ha sido una lucha continua en favor del bien y de la verdad y que ha muerto con la sonrisa de la esperanza en los labios abrazado á su fé y bendecido hasta por sus mismos enemigos.

El testamento de una espiritista

La cuestion del espiritismo se acaba de plantear estos últimos dias ante el tribunal de apelación de Orleans, en un curioso pleito de testamento.

Los tribunales tenian que resolver un problema, tan discutido como delicado: una persona entregada á las prácticas del espiritismo, ¿debe ser considerada como loca, y su última voluntad como nula?

Se trataba en la actual circunstancia de una señora, Mad. Brochard, mujer rica, que vivia de sus rentas, en Vonvray, la cual habia muerto en 1886, desheredando á su familia y legando toda su fortuna—varios centenares de miles de francos—á la beneficencia pública.

Los herederos desposeidos han atacado el testamento y han expuesto una serie de hechos, que demuestran hasta la evidencia la falta de juicio de la difunta.

Vean ustedes si no.

Mad. Brochard se figuraba muy seriamente que el alma de su marido habia transmigrado al cuerpo de un caballo de ómnibus, caballo que la pobre mujer queria con grande afecto, cubriéndole el hocico con los mas ardientes besos, hablándole como si hubiera podido entenderla, rodeándole con los brazos el cuello.

Creía también ver á uno de sus parientes M. Potet, bajando del cielo, donde desempeñaba el oficio de cartero rural; se imaginaba cándidamente que su hijo habia sido rey de Francia, y que el alma de San Juan habitaba el cuerpo de su hija Maria Antonia.

Ella misma se acordaba de haber sido mártir en tiempo de las persecuciones contra los primeros cristianos, y de haber sufrido dos veces, bajo encarnaciones diferentes, el suplicio de habersele cortado la cabeza.

No cupo duda al tribunal, ante estos hechos, que la pobre señora estaba rematadamente loca.

Ha sido anulado, pues, el testamento, y la fortuna de Mad. Brochard recaerá en sus herederos naturales.

Oigan los liberales.

Habla la Revista de Geografía Comercial de cómo los Misioneros católicos españoles establecidos en Guinea trataban de evangelizar á aquellos colonos, y añade:

“La misión española se halla instalada en una casa de madera, grande, embutida en el bosque entre las puntas Bepokolo y Mioka. El Padre superior, Juan Pujol, es aún joven, muy modesto, pero muy resuelto; él y los

demás hermanos viven scarificados; parte el alma verles pálidos, vacilantes, extenuados por la fiebre, cantar la Misa y el Rosario todos los días y consagrarse á la educación de unos 40 niños indígenas, que todos entienden y algunos hablan ya el español.

„Estos son los valientes soldados con los que hemos de contar para defender nuestro poderío colonial; estos son los soldados que han de conservar la integridad de la patria en el Archipiélago filipino; estos son los soldados que harán respetar el pabellón español á los salvajes carolinios..”

El Resumen, El Liberal y demás organillos de la opinión pública encargados de ilustrar al pueblo por el módico precio de cinco céntimos diarios, no atienden á confesiones tan justas, tan patrióticas y tan imparciales como las que acabamos de copiar, y continúan haciendo guerra á los Misioneros católicos españoles, tanto que no hace mucho *“El Liberal”*, arremetía contra el orden religioso y la calumniaba horriblemente.

Pero ¡que ha de hacer *“El Liberal”*, si al fin es. . . . liberal!

Las Hermanas de la Caridad

Segun una estadística publicada recientemente, las Hermanas de la Caridad tienen á su cuidado en la actualidad un total de 2.947.000 personas, educan á 32.978 niños, y poseen 328 asilos.

Crónica alegre

D. José Carceller cura que fué de Herbeset (Tarragona) y que habia tenido la desdicha de caer en la heregia se ha convertido y vuelto al seno de la Iglesia Católica.

Un joven que en otro tiempo extraviado por sus pasiones, entró en la masonería, se casó por lo civil y estuvo al frente de algunas escuelas láicas en varios pueblos de Cataluña, se ha arrepentido, ha abjurado sus errores, y se ha unido en matrimonio canónico entrando en el redil de la fé.

En Torre Vieja han dado una mision los RR. PP. de la Compañía de Jesus y ha sido una bendición de Dios los mandiles que han caído por el suelo.

En suma; que allí donde la palabra de Dios no encuentra obstáculo, produce su fruto, la luz penetra en las inteligencias, y los corazones se abren al amor del bien como las flores al calor de la primavera.

Crónica triste

En Zaragoza ha sido asesinado por uno de sus operarios el dueño de una fábrica. Para esto se pusieron de acuerdo, sortearon quien debía matarlo y le quitaron la vida clavándole un puñal en el vientre. He ahí el fruto de las nuevas doctrinas.

En Salamanca ha muerto impenitente un

profesor de la Universidad. He ahí el fruto de la ciencia sin Dios.

En Madrid es tal la profusion de asquerosidades pornográficas que corre por las calles que no hay medio de llevar por ellas un niño sin exponerle á perder la inocencia. He ahí el fruto del liberalismo

En suma; que donde la libertad liberal sienta sus reales la maldad se desarrolla y la virtud se eclipsa.

¿Quién es rico y quién es pobre?

He aquí la respuesta dada á esta doble pregunta por Apeles, pagano que vivió hace diez y ocho siglos:

“Puede asegurarse que no es pobre aquel que no desea lo superfluo, pudiendo tener lo necesario y contentándose con ello. El más rico será aquel que tenga menos deseos; pues deseando lo menos posible, le es más fácil conseguir todo lo que desea. En su consecuencia, las riquezas deben apreciarse, no con arreglo á las rentas y propiedades del que las posee sino con arreglo á sus necesidades; pues si uno es avaro ó insaciable, nunca creará tener bastante y siempre estará mendigando en su interior algo más de lo que posee, lo cual es característico de la pobreza, pues todo deseo de poseer algo nace de una necesidad verdadera ó ficticia.

Se es, pues, pobre cuando se desea algo, puesto que un deseo supone una necesidad; y se es rico cuando no se sienten necesidades, porque entonces se considera uno satisfecho.

En una palabra: el deseo es la señal de la indigencia; la saciedad es la señal de la riqueza..”

ARRIBA

Para que al cielo fuesen
nuestras miradas
estuvo en una altura
la Cruz clavada.
Cruz bendecida,
que al corazón le dice:
¡Arriba! ¡Arriba!

Sube el pájaro errante
por el espacio,
y la nube ligera
vase elevando;
y los que abrigan
pensamientos el alma
llegan arriba.

Estrellitas hermosas,
que sois adorno
del cielo que nos llama,
¿por qué los ojos,
siempre que os miran
ven misteriosa mano
que dice: *Arriba!*

Desierto es este mundo
en que vivimos;
lloramos sin consuelo;
¿por qué, Dios mío?
—Calla, me grita
una voz adorada
desde allá arriba.

Ese mundo terreno
es transitorio:
¿qué te importa ir pisando
tristes abrojos,
si tus heridas
se curan en el mundo
que ves arriba?

A. P.

PENSAMIENTO

—«—

LAS ALMAS INDOLENTES.

Estas jamás tienen valor para poner decididamente manos á la obra. *Querrian* pero en realidad *no quieren*; prométen sinceramente, pero esperan siempre á mañana para empezar; se hacen cargo de sus obligaciones, las examinan y comprenden toda su importancia; se lamentan de su flojedad, quieren resarcir el tiempo perdido, pero.... no pasan de ahí, siempre *queriendo*, siempre *intentando* y no empezando jamás.

“Semana Católica..”

BIBLIOGRAFIA

EL SOCIALISMO. Examen de sus bases filosóficas religiosas y económicas y demostracion de la impuribilidad de establecerlo, por el P. Cahrein, de la compañía de Jesús, precioso opúsculo en octavo menor de 156 páginas. Madrid, Sociedad editorial de San Francisco de Sales, Bolsa, 10, principal.

LA LECTURA POPULAR.

—«—

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una accion.	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 ” ”
Un cuarto id.	1 ” ”
Un octavo id.	0'50 ” ”

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripcion en Madrid en la administracion de *La Semana Católica*, Bolsa 10 y en las demás librerías católicas.